algunas musas castellanas de miguel hernández

Borges escribía que Franciso de Quevedo, más que un hombre, es una "compleja y dilatada literatura". Su influjo puede reconocerse, ciertamente, en los escritores más diversos y en las más diversas épocas. Quevedo es susceptible de pervivir tanto en el antiguo como en el moderno, en el clásico como en el romántico, en el revolucionario como en el estético, en el prosista como en el poeta... Difícilmente daremos, pues, con un creador español que no haya bebido, poco o mucho, en el genial don Francisco, bien de manera directa, o bien mediata, a través de lecturas aquevedadas. Con ser verdad esto, no lo es menos que la pluma de Quevedo ha sombreado a unos más que a otros. Y para mí, Hernández se alinea con los unos.

No son estas páginas la primera ocasión, y confío que tampoco la última, en que me intereso por la presencia de Quevedo en Hernández. Sin embargo, quiero aclarar que en oportunidades anteriores no me acerqué al problema con la misma óptica a que responde el enfoque de ahora. En efecto: no me importa aquí el método que ha sido tan usual de subrayar cómo se hace eco un escritor cualquiera de la voz de otro. Me propongo básicamente que algunas aristas de Quevedo y Miguel Hernández choquen entre sí para que salten las chispas de las ideas. No pretendo más resultado que la iluminación de aquellos rasgos de ambos que sólo a esa luz puedan verse.

Ministerio de Cultura 2011

El prisma que adopto me lo sugirió la lectura de un breve ensayo de Octavio Paz, para quien

> "... a la visión diacrónica y nacional de la literatura (Garcilaso engendró a Herrera que engendró a Góngora) habría que oponer una visión sincrónica, sea dentro de un período y entre diversas lenguas (Marino: Góngora: :x: Donne) o dentro de una lengua y sin hacer caso de la historia (Quevedo/Vallejo, Sor Juana/Lezama Lima) o sin tener en cuenta ni a la lengua ni a la historia (El Arcipreste de Hita/Joyce). En suma, concebir la literatura como un sistema de relaciones..." (1).

Desde el punto de mira suscitado por Octavio Paz, nos será lícito contraponer, con finalidad metódica y eurística, a Quevedo con Hernández. No se trata, en consecuencia, de acuñar, pormenorizadamente o no, unos cuantos datos de orden diacrónico señalando cómo llegan o se plasman en Miguel ciertos momentos de don Francisco, sino que nos situamos en una perspectiva de índole sincrónica por la que, sin condicionarnos la cronología, relacionaremos a estos poetas. Siguiendo la propedéutica de Octavio Paz, no queremos detenernos tanto en las semejanzas cuanto, y prioritariamente, en las oposiciones y contrastes entre Quevedo y Hernández, en el bien entendido que cada destello brotado de una divergencia revestirá mayor significación que si nace de una afinidad.

VIRTUTUM VIVA IMAGO

Acuciante prerrogativa de quienes viven bajo el asalto continuo de la prefiguración de la muerte es ese trabajar y trabajar sin respiro temiendo que la vida se deslice de las manos hasta secarles la pluma. Quevedo y Hernández fueron dos voraces trabajadores de la palabra en todas sus formas, escrita, leída, oral, dramatizada. Resulta inimaginable un Hernández que no apure cada segundo ampliando las dimensiones de su granado corazón, si amarillo en flores eruditas, denso en agrícola y laborable humanidad. Desde luego que no admiten paralelo don Francisco y Miguel como intelectuales. Quevedo se

Ministerio de Cultura 2011

fabricó la imagen de polígrafo que aún perdura, aunque cada vez que alguien se decide a estudiarle un "trabajo" concreto se tambalea. Quevedo nunca quiso desprenderse de los cuerpos yacentes de los libros, cuya carátula semiincorporaba en el atril, digiriéndolos en ocasiones con mayor rapidez que la comida. A diferencia del satírico, que decía pestes del afán de saber muy a la rueda de Metrodoro y seguidores, el poeta alicantino recriminó de veras la pose tan española del leído que se arrea con toda su erudición a cuestas.

Como Quevedo, Hernández soporta una leyenda tras de sí, sólo que esa leyenda es luminosa por entero, sin las sombrías turbiedades de la personalidad demasiado equívoca de don Francisco. La leyenda de Miguel arranca del pueblo por el que ofrece la vida, una vida enseña del destino de tantos iguales a quien fue su cantor.

A Quevedo le interesó, sin duda, la política de altura, y la política de fondo. Pero se avino a la ramplonería de pasillos, retorciéndose a tenor de los semblantes del privado. A Hernández le importaba visceralmente el porvenir social de España, y asumió una actitud muy contraria a ese ir saloneando augur del poderoso. Con España como bandera, la conducta de Miguel no puede valorarse sino a la luz de la honestidad, del desinterés. No cabe la sospecha remota de un Hernández consejero, por no decir confidente, como Quevedo.

En el tempranero *Sueño del Infierno*, nos topamos con un hombre a quien atormentan y desazonan no los diablos, sino esos otros demonios íntimos de la inteligencia. Hernández se plantea múltiples cuestiones mentales en el presidio, donde se aventuró por sendas infranqueadas por cualesquiera otros yos en situaciones equiparables. En la cárcel, los sentimientos de Quevedo y Hernández se expresaron en moldes distintos. Miguel ahondó en esquinas de su espíritu empuñando el verso. Don Francisco apenas concibe poemas en las mazmorras. Se vuelca en las paradigmáticas prosas consolatorias, mientras el viejo humor le demuda la cara.

POLIMNIA

Si el tema de la muerte fue uno de los más arraigados en el Miguel poeta, y el presentimiento del morir supuso una de

Ministerio de Cultura 2011

las constantes vitales del Miguel hombre, a nadie extrañará que leyera, y releyera, con el corazón en el puño, al más calificado poeta de la muerte en lengua castellana, Francisco de Quevedo. Algunos motivos imprescindibles del ideario del estoicismo fueron asumidos por don Francisco y repercuten en Miguel, aunque, a diferencia del poeta del XVII, en forma no integrada a su cosmovisión de las cosas. Como Quevedo, Hernández expresará la conformidad con el "sino", el desprecio a los bienes terrenos, y la espera y aún deseo de la muerte. Quevedo, se nos dice, convirtió el leit-motiv de la muerte-viva en uno de sus núcleos agónico-líricos. No se nos dice, en cambio, que asimismo Hernández se dio a ese pensar existentivo que interpreta la vida como un morirse a cada momento.

De entre los numerosos lugares en que don Francisco aborda el tema de la muerte, en no pocos el motivo de encerrarse en tan reiterado asunto puede obedecer a la infrecuentada variación que su ingenio se veía capaz de registrar. Miguel también vinculó vida y muerte, pero adolecía de entrenamiento mental escolástico para oprimir los incontables resortes de estos conceptos.

En el *Me llamo barro* hay connotaciones barrocas, pues sugiere el polvo humano reversible que a Quevedo le amonestaba a acordarse de la muerte. En Miguel, el barro se yergue desafiante. En don Francisco, achica hacia el golpe de pecho el orgullo de vivir. El penar de la muerte no impidió a Hernández una visión de la vida sin las tinturas sombrías de Quevedo. En Miguel siempre amanece una esperanza que aventa lo oscuro, una oferta de gran alcance: la esposa, el hijo, la libertad...

La vivencia amorosa de Miguel le ayudó a abandonar el gongorismo, porque don Luis no poetiza el amor. Miguel deja a Góngora por su rival, Quevedo, una de cuyas vetas temáticas más fecundadas fue el constante amor a Lisi. También Hernández cantó a Josefina sola. Pero las convulsiones desgarradoras del Quevedo enamorado tal vez resuenen más estruendosamente que las hernandistas. El distinto tipo de relaciones amatorias mantenidas por ambos explicarían un poco las diferencias de febricidad en el tono. En Miguel, la insatisfacción sexual de juventud le produjo un alboroto psíquico que ansiaba la bonanza satisfecha. El amor quevediano resultó o atormentado o tormentoso. El poeta alicantino no concibe sentir asco por el sexo,

Ministerio de Cultura 2011

como de tarde en tarde le sucede a ese Quevedo sermoneado desde el púlpito y bajo la zarpa de manuales de casos de conciencia. En Miguel, el sexo no pierde nunca la luz de los azules, mientras en don Francisco se adentra de vez en vez en los lupanares de la obscenidad. No, no hay demasiadas actitudes parecidas ante la mujer, aunque puedan existir en literatura guiños de inteligencia formal. No, olvidemos los respectivos epistolarios. Miguel escribe cartas transidas de pasión a la Josefina adorada. Nada semejante en el gran satírico, de quien no se poseen señas acerca de su comportamiento amoroso, con todo y ser, según se dice y se repite, el más alto poeta del amor de nuestra lírica.

TERPSICORE

El carácter de Quevedo refleja su misantropía, y a Miguel le caracteriza la apertura a los demás, su fuerza extravertida. He aquí uno de los porqués del recelo frente al mundo que tan acusadamente se manifiesta en Quevedo. En cambio, cada vez que Hernández tiene que dar un paso atrás aprovecha el impulso para acopio de energías en favor de los otros. El caballero de Santiago estiró el recelo hasta límites extraordinarios de despego, si no de desafecto, al prójimo. La censura de costumbres no ofrecía un temario gratificante para Hernández, quizá porque a su espíritu le resultaba enfadoso dedicarse con terca constancia a tal menester. Aún así, Miguel señala defectos, descubre maldades, y retrata la ruindad de determinada gente. Quevedo fustigó todos los vicios. Miguel atacaría con preferencia a los hipócritas, la soberbia, la lascivia, a los cobardes y la traición, amén de clamar contra el deterioro de tantos valores humanamente dignos. Como Quevedo, sacó partido de los ángulos satíricos de la inautenticidad, pero no se cebaba ni psicológica ni verbalmente en la desgracia ajena.

TALIA

Al universalizar los males del hombre, Quevedo sienta las bases de su desesperanza ante la condición humana. Para don Francisco, la infamia y la hipocresía forman parte del patrimo-

Ministerio de Cultura 2011

nio consustancial de la humanidad. En cambio, Miguel ve hipócritas particulares y concretos, de ahí que zahiriéndoles se libre del reparo frente a los individuos falsos, y siga confiando en el otro, con alegría. Hernández fue tan jovial que apenas si se rió de los demás. Quevedo se mofaba del universo mundo porque era agrio y taciturno en el fondo. Puso en la picota a todo aquel que no se había "desengañado", pero él mismo persistió en el engaño de sospechar que allí y entonces contribuiría, con su látigo satírico, a la derrota de ciertas injusticias.

EUTERPE

Quevedo y Hernández amaban y vivieron en el campo. Pero la musa de don Francisco no acostumbró a inscribir su verso en el paisaje, que brinda claridad y variada luz (aunque el tema de la naturaleza en el satírico aún esconde sorpresas). El *Beatus ille* quevediano supone ansia de retiro de las ambiciones de la corte, siempre de infeliz desenlace para él. Orihuela pudo representar en ciertas épocas para Miguel lo que Torre de Juan Abad para don Francisco, que también cuidaba su huertecillo como el Epicuro de sus devociones. Quevedo, Lope, Hernández, en tantos puntos hermanos. sintieron la atracción del huerto claro y limpio donde maduran los limoneros de la verdad.

Quevedo apetecía la corte, pero la aborreció. Hasta donde supo, y le fue dado, intrigaba como un taimado. Empero, no pocas veces asomaría a sus labios la mueca sardónica del disgusto, y entonces se retiraba a la campiña que circunda Torre de Juan Abad. Miguel también va a Madrid, a por uvas. Madrid le da a beber el veneno del manzano. Apuró la copa, y era hiel. Luego tomó el cáliz y, tocado por el ala de la muerte, regresó, siempre entre barrotes, a la boca del morir bajo el cielo de su tierra. La gente iba empalideciendo crispada durante la marcha fúnebre. Había acabado la tragedia. Siglos antes, en Torre de Juan Abad se había organizado una corrida de novillos para festejar que en Villanueva había acabado una rara tragicomedia.

josé maría balcells

Ministerio de Cultura 2011